

# ENTRE LA **INTEMPERIE** Y LA **CAPTURA**

Transformación de la industria mediática en Ecuador, precariedad laboral, violencia y reconfiguración de la propiedad de los medios.

Abril de 2026



# STIMARTIO

Este informe no propone leer la crisis de los medios de comunicación ecuatorianos como la simple mutación de soportes análogos a digitales. Lo que está en juego es algo más serio: el deterioro de las condiciones materiales, profesionales, éticas y democráticas que permiten el trabajo periodístico. El problema no es solo que el papel retrocedió, que la pauta se contrajo o que las plataformas alteraron la relación con las audiencias. El problema es que el periodismo ecuatoriano perdió densidad laboral, presencia territorial, margen de autonomía y una base mínima de confianza pública.

La precariedad laboral dejó de ser una anomalía del oficio. Hoy opera como una condición estructural que se ha normalizado: menos contratos estables, pago por pieza, más pluriempleo, menos corresponsalías, más vulnerabilidad y menos tiempo para verificar, investigar y resistir presiones. Esta realidad no afecta solo a los periodistas como trabajadores sino al periodismo en sí como función democrática. Un ecosistema exhausto verifica peor, investiga menos, depende más y resiste con menor capacidad las presiones del poder.

Los datos de Fundamedios muestran un entorno cada vez más hostil: aumento sostenido de agresiones, asesinatos, censura, hostigamiento digital, opacidad institucional y restricciones al acceso a la información.

En **2025**, además, el Estado se convirtió en el primer agresor, directo o por omisión, de medios de comunicación y periodistas. La crisis golpea con mayor dureza las provincias, como lo han documentado también investigaciones de Fundación Periodistas Sin Cadenas. La precariedad laboral y tecnológica, el debilitamiento de los mercados locales, la mayor proximidad con poderes fácticos y el menor acceso a formación convierten el ejercicio periodístico en una práctica aún más expuesta y desigual.

A ese cuadro se suma una capa nueva y especialmente corrosiva: la proliferación de medios inauténticos, pseudo-medios, páginas de propaganda y marcas digitales que adoptan la apariencia del periodismo sin asumir sus estándares. El fenómeno no es marginal. En un ecosistema debilitado, estos actores ocupan espacio, capturan atención, intoxican el debate, hostigan a la prensa independiente y erosionan todavía más la frontera entre información, propaganda, operación política y agitación digital.

La conclusión es clara: no se puede defender la libertad de expresión sin defender también las condiciones dignas, seguras y sostenibles que hacen posible informar. Por otro lado, el reto es encontrar mecanismos para distinguir con nitidez entre periodismo profesional y dispositivos de intoxicación informativa.



# La transición que terminó en desgaste

Durante años se habló de la transformación digital de los medios de comunicación ecuatorianos con un vocabulario casi optimista: adaptación, convergencia, nuevas audiencias, migración de formatos. Ese léxico alcanzó para describir sólo una parte del proceso. Lo que hoy vive el país se parece menos a una modernización y más a una pérdida sostenida del músculo profesional, financiero y territorial. Cambiaron los soportes, sí; pero también las condiciones materiales bajo las cuales se reporta, se verifica, se edita y se resiste.

El viejo modelo industrial —ventas, publicidad comercial, pauta oficial, radio abierta y televisión de señal masiva— se resquebrajó sin que surgiera un reemplazo robusto. Las plataformas capturaron atención, ingresos y hábitos de consumo; los medios quedaron con menos recursos, más urgencia y una presión creciente por producir más contenido en menos tiempo. El resultado ha sido un ensamblaje precario: redacciones reducidas, equipos híbridos, pequeños medios digitales frágiles y una masa creciente de periodistas freelancers o subcontratados que sostienen el sistema sin una red de protección equivalente.

Cuando una industria informativa pierde previsibilidad financiera, aumenta su exposición a dependencias poco transparentes: pauta estatal, anunciantes con capacidad de veto, acuerdos tácitos con poderes locales o alineamientos preventivos para evitar costos. La crisis del negocio no es un dato administrativo. Se convierte en una amenaza concreta para la autonomía editorial.



# El oficio adelgaza por dentro



La precariedad laboral se volvió una condición ordinaria del periodismo ecuatoriano. Ya no aparece solo como un efecto de la crisis, sino como uno de sus motores. Salarios retrasados o insuficientes, pago por pieza, facturación sin relación de dependencia, ausencia de seguridad social, pluriempleo, sobrecarga de funciones y presión permanente por producir textos, audios, videos y redes, con equipos mínimos. A eso se suma una degradación menos visible pero igual de dañina: la pérdida de tiempo profesional. El periodista precario no solo gana menos; dispone de menos horas para contrastar, salir a territorio, consultar fuentes, revisar documentos o sostener una investigación de largo aliento.

Lo más delicado es que esta precariedad no solo empobrece la vida de quienes informan.

Empobrece el periodismo mismo. Un periodista que corre de un trabajo a otro, que no tiene respaldo legal ni estabilidad mínima, que teme perder su ingreso por una cobertura incómoda o que debe resolverlo todo con un teléfono y una conexión inestable tiene menos tiempo para contrastar, menos margen para resistir y menos capacidad para sostener una investigación seria.

La **Fundación Periodistas Sin Cadenas** documentó en **2024** que **11,9%** de los comunicadores encuestados había abandonado su localidad en los últimos dos años por violencia y razones económicas. Esa cifra resume la magnitud del problema. El periodismo no solo se precariza: también se deslocaliza o se extingue en territorios donde debería ser más necesario.

# Cuando la violencia deja de ser excepción



La violencia contra periodistas y medios en Ecuador se ha vuelto estructural y ya no puede leerse como una secuencia de incidentes aislados. Fundamedios registró **194 agresiones** en **2024** y **230** en **2025**; además, reportó que **114 de las agresiones** de **2025** fueron cometidas por agentes estatales. Agresiones verbales, usos abusivos del poder público, restricciones en el espacio digital, presiones judiciales, campañas de estigmatización y asesinatos forman parte de un mismo paisaje de deterioro.

El ataque armado a **TC Televisión** en enero de **2024** se convirtió en una imagen de época. Un grupo de hombres armados irrumpió en vivo

en las instalaciones del canal y convirtió la producción informativa en escenario del terror. No fue un episodio extravagante, sino la evidencia de un nuevo umbral: el crimen organizado ya no solo amenaza desde la periferia del sistema; puede irrumpir en su centro operativo.

En **2025** la letalidad se profundizó. Fundamedios reportó cinco periodistas asesinados y describió ese año como una arquitectura de violencia oficial. La cifra no es una rareza estadística. Revela la convergencia entre violencia criminal, hostilidad institucional, debilitamiento de garantías e impunidad.

# Provincias: la intemperie como método



Si en Quito y Guayaquil el deterioro puede discutirse como crisis empresarial, en provincias se vive como vulnerabilidad acumulada. La distancia frente a los centros de decisión, la debilidad de los mercados publicitarios locales, la dependencia de la pauta pública, la menor conectividad y la cercanía física con los poderes que deben ser vigilados vuelven el trabajo periódico más incierto y más riesgoso.

Los reportes de la **FPSC** sobre Sierra Sur y Amazonía ayudan a dibujar este mapa desde la óptica laboral. En la Sierra Sur, periodistas de Azuay, Cañar y Loja describieron inestabilidad laboral, cierres de medios, pago por facturación y severos obstáculos de acceso a la información pública. En la Amazonía, el cuadro se vuelve más áspero: precariedad laboral, economías ilegales, baja conectividad y escaso acceso a herramientas tecnológicas.

Las alertas recibidas por **Fundamedios** desde Macas en marzo de **2026** muestran, además, una modalidad contemporánea de silenciamiento territorial: medios digitales suspendidos en Facebook luego de difundir entrevistas y coberturas críticas sobre autoridades locales. No hace falta cerrar una redacción para debilitar el pluralismo de una ciudad. A veces, basta con activar mecanismos de ataque en las plataformas y dejar que el algoritmo haga el trabajo.

# La tecnología no democratizó por sí sola

Una parte del discurso regional sobre innovación periodística tiende a exagerar el costado emancipador de la digitalización. En Ecuador, la tecnología abrió oportunidades, sí, pero también redistribuyó cargas, riesgos y desigualdades.

Las herramientas de inteligencia artificial pueden aliviar tareas rutinarias o potenciar procesos de verificación y producción. Pero también exigen tiempo, formación y protocolos. Allí donde esos recursos faltan, la innovación se convierte en una nueva línea

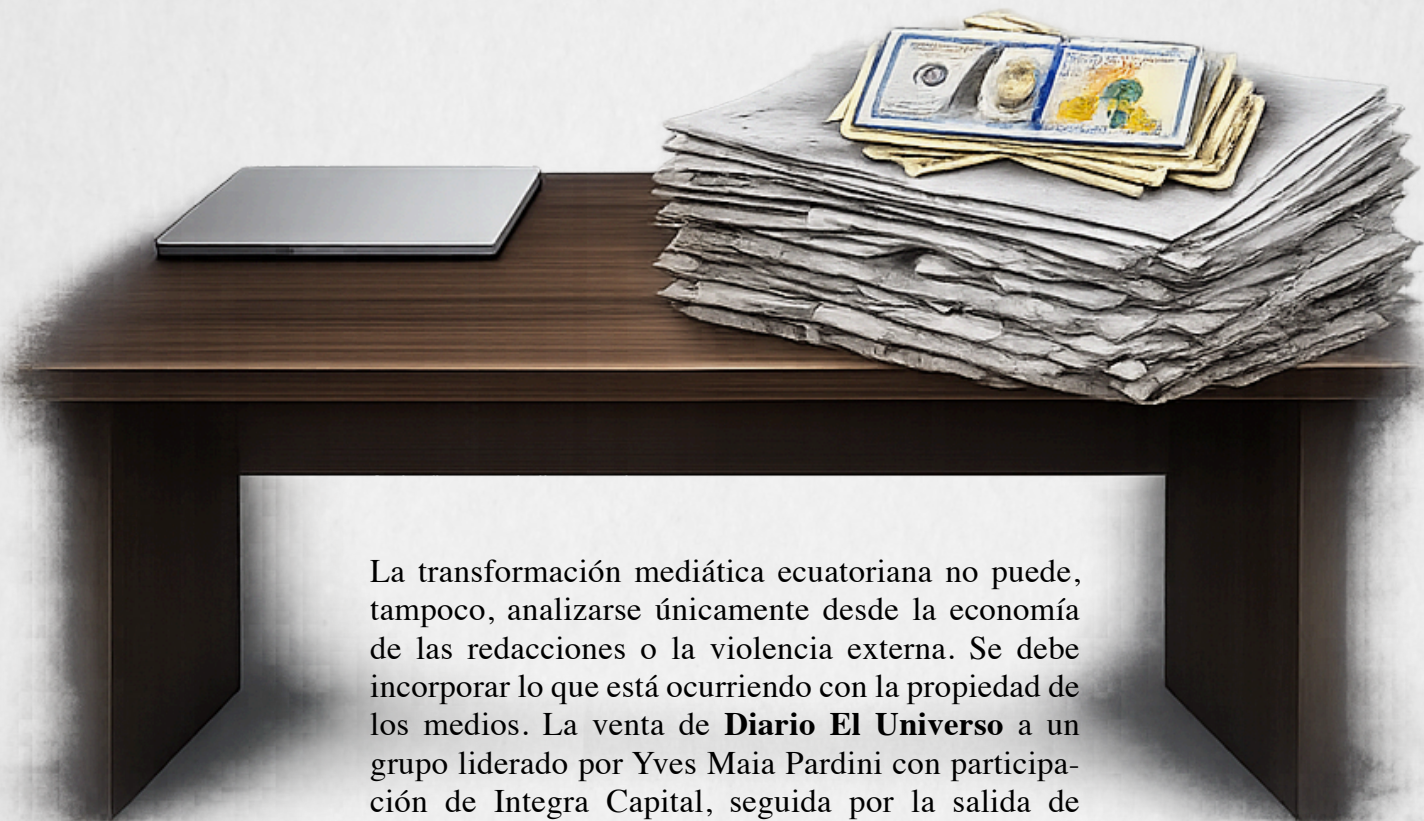
divisoria entre medios con capacidad de adaptación y proyectos frágiles empujados a improvisar.

Fundamedios ha documentado campañas de desinformación, hostigamiento y difamación contra periodistas y organizaciones independientes. El problema no es solo tecnológico. Es de gobernanza del ecosistema informativo. Quien controla la velocidad, la amplificación y la reputación en línea altera también las condiciones del trabajo periodístico.



# Propiedad,

opacidad y pluralismo en riesgo



La transformación mediática ecuatoriana no puede, tampoco, analizarse únicamente desde la economía de las redacciones o la violencia externa. Se debe incorporar lo que está ocurriendo con la propiedad de los medios. La venta de **Diario El Universo** a un grupo liderado por Yves Maia Pardini con participación de Integra Capital, seguida por la salida de **Bonil** tras denunciar la no publicación de varias caricaturas, abrió una alerta legítima sobre transparencia, gobernanza editorial y umbrales de tolerancia frente a la crítica.

No corresponde convertir esa preocupación en una sentencia automática. Pero sí reconocer que, en democracias frágiles, los cambios de propiedad sobre medios de alta incidencia pública alteran el riesgo del pluralismo. La pregunta no es solo quién compra sino con qué intereses llega, qué garantías ofrece, qué cortafuegos existen entre negocio y redacción y, qué señales aparecen en los contenidos más sensibles: sátira, investigación, opinión editorial.

La compra de **La Posta y Radio Centro**, en 2025, refuerza estas preocupaciones desde un ángulo particularmente sensible: la entrada directa de actores políticos en la propiedad mediática. Más allá del detalle societario, lo relevante es el patrón: opacidad suficiente para impedir un escrutinio fácil y cercanía política suficiente para volver legítima la sospecha democrática.

# Medios inauténticos,

propaganda digital y prácticas poco éticas

Una parte decisiva de la transformación mediática ecuatoriana ya no ocurre en las redacciones tradicionales, sino en la expansión de páginas, marcas digitales y cuentas que imitan el lenguaje del periodismo sin asumir sus obligaciones. No todas operan de la misma manera ni responden al mismo interés, pero juntas configuran un ambiente enrarecido: plataformas con baja trazabilidad sobre propiedad, financiamiento y equipo editorial; contenidos que mezclan dato, rumor, filtración, consigna, ataque reputacional y escándalo; y una circulación pensada para intoxicar la conversación pública más que informar.

Conviene ser rigurosos. No basta con descalificar estos dispositivos llamándolos oficialistas, pagados o criminales. Lo más sólido es describir sus rasgos: opacidad editorial, mezcla constante entre propaganda y noticia, narrativas polarizantes, uso de urgencias sin contraste, ataques personalizados contra periodistas y opositores, sincronía discursiva con intereses políticos o facciones de poder. El problema no es solo la falsedad de una pieza concreta, sino el uso del lenguaje periodístico por actores cuya lógica es otra: disciplinar, amplificar o erosionar credibilidad ajena.

En ese terreno proliferan plataformas que se presentan como medios, pero no explican con claridad quién las financia, quién decide su línea, cómo verifican lo que difunden o qué reglas internas aplican cuando se equivocan. Otras sí exhiben una identidad política nítida, pero desdibujan deliberadamente la frontera entre opinión, propaganda e información. También existen marcas personales o canales en vivo que usan los códigos del periodismo cuando eso les otorga legitimidad, pero prescinden de sus controles cuando esos controles les estorban.

El fenómeno no debe analizarse como una rareza folclórica del ecosistema digital, sino como una mutación funcional a su degradación.

En un entorno donde las redacciones serias están exhaustas, la publicidad es escasa y la confianza pública se erosiona, estos artefactos llenan vacíos de atención y velocidad. El problema es que lo hacen, con frecuencia, a costa de la verificación, el contexto y la responsabilidad editorial. No sustituyen al periodismo; ocupan el espacio que deja su debilitamiento y lo vuelven más tóxico.

El efecto de esas prácticas es múltiple.

Primero, la confianza de la sociedad ante el periodismo se quiebra, al volver borrosa la frontera entre noticia, propaganda y chantaje digital. Segundo, empujan a medios serios y periodistas rigurosos a competir en un terreno adulterado, donde la velocidad, el escándalo y la agresión suelen recibir más premio algorítmico que la verificación. Tercero, facilitan la estigmatización de la prensa independiente, porque permiten a actores políticos repetir que todos hacen lo mismo y licuar así las diferencias entre periodismo profesional y maquinaria de intoxicación. Y cuarto, vuelven más difícil, para la ciudadanía, identificar voces confiables en un momento en que el derecho a recibir información verificada es más necesario que nunca.

Si este informe quiere ser intelectualmente honesto, debe reconocer que la crisis actual no es solo la historia de redacciones que se achican o periodistas que ganan poco. Es también la historia de cómo el vacío dejado por la precarización del periodismo está siendo ocupado por dispositivos que explotan su prestigio residual mientras vacían sus reglas desde adentro. Defender el ecosistema informativo ecuatoriano exige, por tanto, algo más que proteger a periodistas agredidos: exige distinguir con claridad entre periodismo, propaganda, operación política e influencia digital opaca.

# Casos que dicen más que los discursos

Hay episodios que condensan mejor que cualquier marco teórico el deterioro del ecosistema. El asalto a TC Televisión mostró que la violencia puede irrumpir en vivo. La salida de Bonil de El Universo mostró que los cambios de propiedad y los reajustes internos pueden afectar también los márgenes de crítica. El asesinato de Robinson del Pezo y las preguntas aún abiertas sobre sus responsables recuerdan que la impunidad sigue operando como una pedagogía del miedo. La intervención y el

acoso a GRANASA muestra cómo la presión sobre medios también puede operar a través de mecanismos formalmente legales.

Leídos en conjunto, estos casos no componen un inventario disperso. Dibujan una secuencia. Y esa secuencia dice algo incómodo: el espacio informativo ecuatoriano es hoy más vulnerable a la captura, más inseguro para el disenso y menos capaz de garantizar una circulación robusta de verdad verificable.



## Lo que se está perdiendo

Lo que está en juego no es solo la salud de una industria. Está en juego una infraestructura democrática. Cuando el periodismo se precariza, se encoge el campo de lo investigable. Cuando las provincias pierden medios y corresponsales, el país se vuelve más ciego fuera de la capital. Cuando la propiedad de medios se reordena en la penumbra, el pluralismo se vuelve más frágil. Cuando la violencia se normaliza, la autocensura deja de ser una falla moral y se convierte en táctica de supervivencia.

La desinformación prospera precisamente en ese terreno. No invade ecosistemas sanos; coloniza ecosistemas debilitados. Allí donde las redacciones están exhaustas, donde las voces locales desaparecen, donde el acceso a la información pública se deteriora y donde verificar cuesta más que mentir, el rumor, la propaganda y la operación encuentran una ventaja estructural. La degradación del espacio mediático no es un efecto colateral de la crisis política ecuatoriana. Es una de sus condiciones de posibilidad.

# Una agenda

## mínima de reconstrucción

**El primer frente** es la protección integral: asistencia legal, fondos de emergencia, apoyo psicosocial, seguridad digital, respuesta rápida y protocolos territoriales con enfoque de género.

**El segundo** es el trabajo digno: seguridad social, pagos oportunos, estándares de contratación, defensa frente a la precarización extrema y reconocimiento de que la sostenibilidad laboral forma parte de la libertad de expresión en la práctica.

**El tercer frente** es el fortalecimiento territorial: nodos regionales de formación, mentorías, pequeños fondos de continuidad operativa, apoyo a coberturas de interés público y estrategias para que las provincias no sigan perdiendo voz propia.

**El cuarto** es la innovación con criterio democrático: IA responsable, verificación, seguridad tecnológica y desarrollo de audiencias desde realidades locales, no desde recetas importadas.

**El quinto frente** es la transparencia: propiedad efectiva de medios, conflictos de interés, reglas claras de gobernanza editorial y resguardos verificables entre capital, política y decisiones periodísticas.

**El sexto frente** es la higiene del ecosistema: desarrollar capacidades públicas y periodísticas para distinguir entre medios auténticos, propaganda partidista, operadores digitales y pseudo-medios de baja trazabilidad. Sin esa dimensión, cualquier reconstrucción seguirá siendo parcial y vulnerable.



# ¿Epílogo?

Cuando resistir no basta



El periodismo ecuatoriano no ha desaparecido; resiste. Pero resiste en condiciones cada vez más adversas. La valentía individual de periodistas y pequeños medios no puede seguir funcionando como sustituto de políticas públicas, de cooperación inteligente o de compromiso empresarial mínimo con la independencia y el trabajo digno.

Si algo muestra este informe es que la degradación del entorno mediático no es un daño colateral de la crisis democrática ecuatoriana. Es una de sus piezas centrales. Allí donde el

periodismo se vuelve más precario, más silencioso o más capturable, la sociedad pierde capacidad de ver, de contrastar, de recordar y de discutir con honestidad.

Defender la libertad de expresión en Ecuador exige, por tanto, algo más ambicioso que reaccionar a cada agresión por separado. Exige reconstruir condiciones materiales, profesionales y éticas para que informar siga siendo posible. Sin eso, el país no solo tendrá menos periodismo. Tendrá menos democracia.

 **FUNDAMEDIOS**

**ENTRE LA**  
**INTEMPERIE**  
**Y LA CAPTURA**

Abril de 2026

